

JUAN DE DIOS PEZA
 ———
 A VICTOR HUGO.
 ———

¿Quién soy para ofrecerte mis cantares? . .
 Hablarte en tu lenguaje fuera mengua;
 Al que es grande y profundo cual los mares,
 Le canta el huracán y no la lengua.

En desusado atrevimiento raya,
 Hablar en verso provocando mófa,
 Al que tuvo por lira un Himalaya
 Con una tempestad en cada estrofa.

Querer medir tu magnitud, abisma;
 Todo un siglo te sirve de proscenio;
 Eras, más que un mortal, la Francia misma
 Hecha de carne y fulgurante en genio.

Con cada frase que tu labio dice
 ae un trono y se quiebra una corona;

Eres la Humanidad cuando maldice
 Y la austera Virtud cuando perdona.

Los pensamientos que en tu mente hirvieron,
 Cauda te forman de inmortales rastros,
 De tu cerebro colosal surgieron
 Cual de la mano del Señor, los astros.

Para cantar tu genio, que hoy aprecia
 Como el más alto el Universo entero,
 Preciso fuera, conmoviendo á Grecia,
 Ir en su tumba á despertar á Homero,

En un trono de luz dejarte solo,
 Tender bajo tus piés la mar Egéa,
 Y sentando á tu diestra al dios Apolo
 Y á tu siniestra á Venus Citeréa,

Al rayar del Olimpo la alborada
 Que Homero te conozca, que se asombre,
 Y con su *stylo* que escribió la Iliada
 Que esculpa al pié del partenón tu nombre.

Que en pentélico marmol Praxiteles
 Labre tu estatua, y al pasar severos
 Se inclinen saludando tus laureles
 Admirados los siglos venideros.

¿Quién te puede juzgar en nuestros días?
 ¿Quién de tu gloria llamará á las puertas?

Ya murieron Homero é Isaías
Y Atenas y Sion están desiertas.

¿Cómo juzgarte, pensador gigante?
El solo peso de tu genio abruma;
Se necesitan planchas de diamante
Y en la lumbré del sol mojar la pluma.

Entra al Olimpo . . . llevas por delante
La columna de fuego de la historia;
Diga el mundo de tí cuanto es bastante:
Nació francés, más lo engendró la Gloria!

1885.

JESUS ECHAIZ.

GALILEO

En un rincón de su prisión oscura,
Callado el genio, de dolor suspira,
Ante un fantasma que delante mira,
De torva faz y negra vestidura.

Es el inquisidor que grita:—¡Abjura!
Renuncia de tu herética mentira,
Dí que la tierra está. La tierra gira,
Le contestaba el sábio con dulzura.

Airada planta hiere el pavimento,
Y por oscuro callejón torcido
Asoman el verdugo y el tormento.

Al punto triunfa la ignorancia aleve
Y exclama el sabio triste y abatido:
—Y sin embargo, siento que se mueve.

México, Enero de 1879.

9-3

PANTALEON TOVAR.

A****

Es verdad. Con negro daño
aquel que es tu amor, te paga,
hiriéndote con la daga
aguda del desengaño.

Él extingue los fulgores
de la luz de tu existencia,
desvanece tu creencia,
te deja el alma sin flores.

Más no la tribulación
crispe de saña tus labios;
no te arrojen los agravios
en la desesperación.

Si él cortó de tu esperanza
de felicidad, el vuelo,
no mires con odio al cielo,
ni pienses en la venganza.

Porque es muy más infelice
que aquel que crimen respira,
quien da creces á su ira,
y que se venga y maldice.

No dejes que en el delirio
que te atormenta inhumano,
ofusque tu propia mano
tu aureóla de martirio.

Vas á pasar la existencia
sola, y en la desventura;
mas tendrás en la amargura
sosegada la conciencia.

Y al fin hallarás consuelo
para tu dolor insano;
porque quien sufre, no en vano
alza los ojos al cielo.

Si quien amaste, la hiel
te hizo beber trago á trago,
tú, de tanto mal en pago,
ora al Eterno por él.

Perdónale. Ten la gloria
de hacer bien á tu enemigo,
y déjale por castigo
dulce y tierna tu memoria.

Y si con torpe ironía
mirándote desgraciada,
lanza alegre carcajada,
perdónale todavía.

Que pues llevas la corona
de mártir, porque lo quiso
Dios, perdona:—el Paraiso
se abre para quien perdona.

MANUEL ACUÑA.

—
Cinco de Mayo.
—

I.

Tres eran, más la Inglaterra
Volvió á lanzarse á las olas,
Y las naves españolas
Tomaron rumbo á su tierra:
Sólo Francia gritó "guerra"
Soñando ¡oh patria! en vencerte;
Y de la infamia y la suerte
Sirviéndose en su provecho,
Se alzó erigiendo en derecho
El derecho del más fuerte.

II.

Sin ver que en lid tan sangrienta
Tu brazo era el más pequeño,
La lid encarnó en su empeño
La redención de tu afrenta.

Brotó en luz amarillenta
 La llama de sus cañones
 Y el mundo vió á sus legiones
 Entrar al combate rudo
 Llevando por solo escudo
 Su escudo de corazones.

III.

Y entonces fué cuando al grito
 Lanzado por tu denuedo,
 Tembló la Francia de miedo
 Comprendiendo su delito
 Cuando á tu aliento infinito
 Se oyó la palabra: sea,
 Y cuando al ver la pelea
 Terrible y desesperada
 Se alzó en tu mano la espada
 Y en tu conciencia la idea.

IV.

Desde que ardió en el oriente
 La luz de ese sol eterno
 Cuyo rayo puro y tierno
 Viene á besarte en la frente,
 Tu bandera independiente
 Flotaba ya en las montañas,
 Mientras las huestes extrañas

Alzaban la suya airosa
 Que se agitaba orgullosa
 Del brillo de sus hazañas.

V.

Y llegó la hora, y el cielo
 Nublado y oscurecido
 Desapareció escondido
 Como en los pliegues de un velo;
 La muerte tendió su vuelo
 Sobre la espantada tierra,
 Y entre el francés que se aterra
 Y el mexicano iracundo,
 Se alzó estremeciendo al mundo
 Tu inmenso grito de guerra.

VI.

Y allí, el francés, el primero
 De los soldados del orbe
 En que sus glorias absorbe
 Todas las del mundo entero;
 Tres veces pálido y fiero
 Se vió á correr obligado,
 Frente al pueblo denodado
 Que para salvar tu nombre,
 Te dió un soldado en cada hombre
 Y un héroe en cada soldado!

VII.

Tres veces. . . . y cuando hundido
 Sintió su fama guerrera,
 Contemplando su bandera
 Manchada y escarnecida,
 La Francia, viendo perdida
 La ilusión de su victoria,
 A despecho de su anhelo,
 Vió asomar sobre otro cielo
 Y en otro mundo la gloria.

VIII.

Que entre la niebla indecisa
 Que sobre el campo flotaba,
 Y entre el humo que se alzaba
 Bajo el paso de la brisa,
 Su más hermosa sonrisa
 Fué para tu alma inocente.
 Su canción más elocuente
 Para entonarla á tu huella,
 Y su corona más bella
 Para ponerla en tu frente.

IX.

Sí, ¡patria! desde ese día
 Tú no eres ya para el mundo
 Lo que en su desdén profundo

La Europa se suponía.
 Desde entonces, patria mía,
 Has entrado á una nueva era,
 La era noble y duradera
 De la gloria y del progreso,
 Que bajan hoy como un beso
 De amor sobre tu bandera.

X.

Sobre esa insignia bendita
 Que hoy viene á cubrir de flores
 La gente que en sus amores
 En torno suyo se agita,
 El que en la dicha infinita
 Con que en tu suelo la clava,
 Te jura animosa y brava,
 Como ante el francés un día;
 Morir por tí, patria mía,
 Primero que verte esclava.

AURELIO HORTA.

Paginas intimas.

La última chispa que quedó en la hoguera,
 La última flor que en mi jardín había,
 La última estrella que brilló en mi cielo,
 La postrera esperanza de mi vida,
 Con este corazón que hoy despedazan
 Cual buitre carnicero las desdichas
 Todo te lo ofrecí con mi cariño,
 Todo te lo dejé por tus mentiras.
 ¿Qué has hecho del depósito sagrado
 Del moribundo corazón, que un día
 En tí confiara, infame robadora
 De tantas almas que por tí suspiran?
 Todo me lo quitaste. . . ¿qué me queda
 En esta sociedad que me horroriza,
 Sin lágrimas, sin vida, sin consuelo,
 Cadáver que descanso necesita?

¡Y tengo de mirarte á todas horas
 Y saludarte siempre con sonrisas
 En una sociedad, que como siempre
 Confunde los verdugos y las víctimas!
 Y cada vez que, por mi mal, estrecho
 Tu helada mano entre la mano mía,
 Siento tocar la garra de algún tigre
 O la piel escamosa de una víbora.
 ¡Cómo quisiera entonces, vengativo,
 Tu pecho desgarrar, lleno de ira,
 Y arrancarte implacable las entrañas,
 Mas negras que mi suerte y tus pupilas!

AGUSTIN F. CUENCA.

NIEVE DE ESTIO.

(A JUAN DE DIOS PEZA.)

Copia fiel de tu belleza
 Pediste ayer al espejo,
 Que es el más puro reflejo
 De la más noble franqueza,
 Y siento de mi tristeza
 Crecer los fieros enojos,
 Porque para ver tus rojos
 Labios y tu blanca frente,
 No hay cristal más trasparente
 Que las niñas de mis ojos.

La luz, de copiarte ufana,
 Dió al espejo sus destellos,
 Y entre tus negros cabellos

Viste colgando una cana;
 Fuó entónces marfil la grana
 Que el rostro á besarte mueve,
 Y trémula, fiera, aleve
 Trozaste el cabello cano,
 Que era un cisne de verano
 Envuelto en plumas de nieve.

Presa de terribles luchas,
 Como agravio á tus hechizos
 Viste después en tus rizos
 Otra cana y otras muchas,
 Y triste en silencio escuchas,
 Cómo la razón proclama
 Que es el pensamiento llama
 Que cuando más se enrojece,
 Más el cabello emblanquece
 Con el fuego que derrama.

Fijos en el claro espejo
 Tus más claros todavía
 Ojos que causan al día
 Rubores con su reflejo,
 Las blancas hebras del viejo
 Cabello en su edad lozana
 Arrancaste, y la galana
 Luz de tu mirada al verlas,
 Fué luz que disuelta en perlas
 Bajó á besar cada cana.

Un riso blanco me envías,
De tus letras adoradas
Envuelto en las desmayadas
Misteriosas melodías;
Y en tus congojas sombrías
Pienso al ver tus canas bellas;
De unas y otras te querellas,
Unas son la noche oscura
Que nubla tu frente pura,
Las otras son sus estrellas.

Con odio á torpes amaños
Y venciendo tu altivez,
Me has mostrado la vejez
Que agobia á tus veintiun años;
Y sin temer desengaños,
Sin temer fieros desdenes
Déjame besar tus sienes;
Vano fuera tu temor
Cuando sé que son de amor
Todas las canas que tienes.

Quando en tí regocijado,
Forma mis dulces antojos
Llevar el alma en los ojos
Para verte enamorado;
Quando en mi pecho ha formado
Tu alma su caliente nido

Y tiene allí por sentido
Rui señor que la corteja
El amor que en mí se queja
Receloso del olvido.

Quando al verte solo veo
Que eres claridad del día,
Romántica fantasía
De espiritual devaneo;
Llama de febril deseo;
Ave en el arbol, que el río
Copia en su cristal bravío
Querellándose de amor,
Madreselva cuya flor
Por galán tiene al rocío.

Noche de las estrelladas
Noches en que los rosales
Forman los lechos nupciales
De los silfos y las hadas;
Raudal que en despedazadas
Hebras de cristal undoso
Errante baja, impetuoso
De los empinados riscos
Y entre los verdes lentiscos
Va rodando rumoroso.

Queden tus negros cabellos
Ciñendo tu faz morena,

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO LEYES
1916. 122. MONTREAL, MEXICO

Y el negro ángel de la pena
 Quede aprisionado entre ellos;
 El riso de los más bellos
 Que fueron nieve de estío
 Guardo yo en el pecho mío
 Viendo tus congojas grandes;
 Hay siempre nieve en los Andes
 Y espuma en el mar bravío.

GABINO ORTIZ.

—
 EN LA MUERTE
 DEL SR. D. MELCHOR OGAMPO.

—
 ELEGÍA.
 —

Voz de dolor, rugido de venganza,
 Lúgubres ecos de pesar, de ira,
 Lancen las cuerdas de mi triste lira,
 Provocando sangrienta á la matanza.
 El genio de las furias que me inspira
 Arranque de mis labios con espanto
 Raudales de frenética armonía,
 Y en tan infando día
 Sea de rabia y de rencor mi canto.

¡Desesperación y luto en torno miro
 Y fresca sangre que caliente humea. . . . !
 Sangre también el corazón desea

Y á sangre sabe el aire que respiro. . . .
 ¿Qué se hizo el hombre grande, el génio fuerte,
 El sabio michoacano, cuyo acento
 Hizo temblar al fanatismo inerte
 Y á la ignorancia en su profundo asiento?
 ¿Dó está la antorcha luminosa y clara
 Que el mundo de Colón bañaba un día?
 ¿Dónde el escudo está que defendía
 Los derechos del pueblo mexicano?
 ¿En dónde está tu orgullo, patria mía?
 ¡OCAMPO, OCAMPO, ILUSTRE CIUDADANO!
 En donde estás...? ¡Oh Dios! ¡Horrible crimen.
 ¿Qué espectáculo atroz ante mis ojos
 Ofrecen los esbirros del santuario?
 De sangre pura, generosa y cara
 Empapados están los labios rojos
 Del aleve y fanático sicario. . . .
 ¿Qué visiones son esas que me oprimen. . . .?
 ¡Un sangriento cadáver insepulto. . . .?
 ¡Tres niñas tiernas que espantadas gimen...?
 ¡Oh bárbaro atentado! ¡oh negro insulto!
 ¿E impune queda un hecho tan salvaje?
 ¿No hay quien castigue tan feroz delito?
 ¿Y sufre el pueblo tan mortal ultraje?
 ¿No hay quien lance de venganza el grito?

¡Maldito el Mexicano, sí, maldito,
 Que, al escuchar el crimen de esas hienas,

No siente convertida en fuego ardiente
 Correr la sangre en sus hinchadas venas.

Contemplad con asombro aquella frente,
 Del genio y del saber profundo asiento.
 El sacrilego plomo del soldado
 Vendido al clero del poder sediento,
 Aleve ha traspasado.
 Ese rostro mirad, al que animaba
 El rayo de divina inteligencia,
 Cubierto ya de palidez horrible
 Privado del calor de la existencia.
 Esa cabeza, ayer depositaria
 De espíritu creador, de ideas sublimes,
 De humanitarias, altas concepciones,
 Cubierta está de venda funeraria.
 Y aquella boca, manantial fecundo
 De alocución purísima, elocuente,
 Aun entreabierta está, cual aspirando
 El soplo blando de la fresca brisa:
 Generosa tal vez, aunque doliente,
 En esos labios asomó vagando
 Una inefable, celestial sonrisa,
 A su asesino infame perdonando.

Mirad allí al hombre inmaculado,
 Al gran republicano, al fiel patriota,
 A un suplicio afrentoso condenado,

Y, cual vil malhechor, cual un malvado,
Expuesto á la vergüenza en la picota.

¿Recordais, por ventura,
Sus inclitas virtudes?
¿Su hermosa vida irreprochable y pura
Con afán incesante consagrada
De santa libertad al culto ardiente,
Al amor de su patria infortunada
Y á la mejora de su triste gente?
¿Recordais sus vigiliass, estudiando
En el inmenso libro de natura,
Por la noche los astros observando
Y bebiendo la ciencia en la lectura
De la antigua y actual filosofía?
¿Recordais igualmente su alma pia,
Su noble corazón, que, generoso,
De la esperanza el bálsamo vertía
Con el pan que dió al menesteroso?
¿Recordais su pasión por lo sublime,
Por lo puro, lo cándido, lo bello?
Cuando del sol el último destello
Dejaba el horizonte, moribundo;
Cuande dormir parece el ancho mundo,
Arrullando en la mágica armonía
Que al caer de la tarde se produce
Por ese vago y misterioso ruido,
Del universo al declinar el día,

Entre luz y tiniebla sumergido;
Él al Señor de la creación amaba
Su ardiente corazón entre el aroma
De las modestas campecinas flores,
Con el blando gemir de la paloma,
Con el canto de tiernos risueños;
Y á los cielos volaba su plegaria
En las alas del aura vespertina,
En la voz de la alondra solitaria.
En el vapor de fuente cristalina.
¿Lo recordais? Pues todo ha sido vano
Ante el feroz y bárbaro asesino. . . .
¡Solo queda un cadáver en el llano
Oscilando en la rama de alto pino. . . .!

¡Oh rabia, oh dolor, oh cruel agravio
Que hace temblar la humanidad entera!
Horrible imprecación lanza mi labio
Sobre la infame, la voraz pantera
Que, sedienta de sangre y de matanza,
Con sangre pura se salpica y moja. . . .
De Tacubaya al tigre el alma arroja
Un grito de furor y de venganza.
¡Eterna maldición, Caín inmundo,
Caiga del cielo en tu aplastada frente!
¡Maldígate el averno, el ancho mundo,
Los hombres de hoy, la venidera gente!
¡Ilustre sombra del ilustre OCAMPO!

¡Martir de libertad y de reforma!
 Ya tu dejaste de la vida el campo,
 Y aquí tu nombre de preclara norma,
 Al espirar, sin duda, una mirada
 De inefable perdón diste postrera
 A tus sangrientos, crueles enemigos,
 Que generosa y grande tu alma era.
 Más yo, que tengo el corazón herido,
 Y orgullo tuve en ser de tus amigos,
 Ante tus manos juro eterna guerra
 A tus viles, infames matadores:
 Una guerra sin tregua á ese partido
 Falaz y fementido
 De asesinos hipócritas traidores,
 Que en el misterio y soledad del templo
 Cruel y vengativo te condena
 A ignominiosa pena,
 A una muerte de horror y sin ejemplo,

Y porque nada falte á tus tormentos,
 De tu carrera en el ocaso triste,
 Amargo el cáliz del dolor bebiste
 En tus flébiles, últimos momentos.
 La ingratitud, la envidia, la demencia
 De los tuyos también emponzoñara
 Tu mísera existencia.
 No ha faltado insensato que soñara
 Con el vapor de su asqueroso aliento,

Empañar el cristal brillante y puro
 De tu virtud, tu nombre y tu talento. . . .

.....
 Empero ya dejaste el triste suelo
 Y en él grabadas tus preciosas huellas;
 Hoy inmortal recorres por el cielo
 El ignoto país de las estrellas.
 Queda tan solo á México tu gloria,
 Tu genio, tu virtud, tu nombre al mundo,
 A tus amigos un dolor profundo,
 A mi alma atribulada, tu memoria.

Morelia, Junio 17 de 1861.

Miguel Portillo.

Mis ilusiones.

No es la sed de riqueza
 La que á estudiar del arte la grandeza
 Me impulsa cada día,
 Mi pecho no ambiciona
 La vanidad del esplendor que ansía
 Con frenético afán el hombre vano.
 Si me desvelo en estudiar y afano
 Es porque el arte de ilusión me llena,
 Es porque me entusiasmo y me fascina.

Cuando mi mente á descansar se inclina
 Sobre la almohada, en sueño delicioso,
 Un mundo de esperanzas le precede,
 Y me duermo soñando, y cuando el alba

Con su dorada luz mi alma despierta,
 Vuelvo á soñar, y gozo, y ya no incierta
 Miro la senda que mis pasos guía
 Por el mundo, poblado de ilusiones
 Para una alma feliz como la mía,
 Cuando para otros mil ¡quién lo diría!
 Plagada está de penas y aficciones
 Y parece mentira y muchas veces
 Que nubla mi horizonte la pobreza,
 Por el arte la olvido y más dichoso
 Me juzgo que á quien mimaba la riqueza.

¡Cuántos me envidiarán! los que suspiran
 Por el poder y próspera fortuna,
 Los que en vez de dormir viven pensando
 En el incierto porvenir, ansiando
 Prosperidad, grandeza, poderío,
 Todo eso que se aduna
 Con la frivolidad de la existencia
 Y de que á solas sin querer me río
 Y también sueños son, yo no lo dudo,
 Pero sueños que llenan de amargura
 El triste corazón, no cual los míos
 Que al que tras de ellos vá, siente ventura.

Yo vivo sorprendiendo á la Natura,
 Robando al horizonte sus colores,
 Al astro rey, sus mágicos albores.

Y aunque imitar no puedo los primores
 Del bosque undoso, ni del sol la lumbré,
 Contemplando sus galas me embeleso,
 Y subo hasta la cumbre
 De la montaña y cuando ya en Ocaso
 La luz se apaga que á la noche guía,
 Arrobado contemplo la grandeza
 De mi madre la gran naturaleza!

Cuanto pasa delante de mis ojos
 Toma sér en mi lóca fantasía,
 Y todo me extasía,
 El átomo, el insecto,
 La luz, el aire, la región vacía.

El hálito del viento es un gemido,
 El susurro del agua es una nota
 Que deleita mi oído,
 Y al resbalar el sol en cada gota,
 Piedras de gran valor finge mi mente,
 Y la nube que flota
 En el espacio azul es una gasa
 Con que se cubre el empinado monte.
 Yo contemplo, yo admiro
 Los tesoros que encierra
 El rincón ignorado de la tierra.

En el silencio y soledad suspiro,
 Y al sollozo de mi alma

Responde solo la solemne calma
 De la Naturaleza encantadora,
 Que tanto y tanto para mí atesora,
 Yo sigo sus deleites, yo me embriago
 En sus misterios y por eso al arte
 Consagro los instantes de mi vida,
 Y el oro, y el poder, y la grandeza,
 Hilan mi corazón me dan tibieza.

Solo el amor, emblema misterioso
 De la dicha mi espíritu enardece,
 Y el fulgor de la gloria me envanece!
 ¡Naturaleza, amor, gloria, ilusiones
 Del arte mientras muero,
 Mientras mi fragil vida se deshace,
 En vosotros espero,
 A vosotros consagro mis afanes,
 Y despues de vosotros, nada quiero!

Julio 31 de 1883.

AGAPITO SILVA.

Para el album de la Srita. Sara Ibarra.

Botón de rosa lleno de vida
Que se abre puro como la luz
Y que á los sueños de amor convida,
Eso eres tú.

Y sombra triste de un pensamiento,
Nube sin rayos, cielo sin sol,
Nota doliente que lleva el viento,
Eso soy yo.

Blanca paloma que abre sus alas
Buscando el nido de la virtud
Llena de encantos, llena de galas,
Eso eres tú.

Hoja que en alas del torbellino
Va sin que pueda besarla el sol
Tras de la nada, que es su destino,
Eso soy yo.

Mariposilla que en polvo de oro
Dejas, si vuelas, hilos de luz,
Y á quien las flores dicen: "te adoro,"
Eso eres tú.

Sombra de un sueño desvanecido,
Ola que lleva triste rumor
Y que se apaga como un gemido,
Eso soy yo.

Gentil gacela que huye ligera
Si oye los ecos del lago azul
Tibia alborada de primavera,
Eso eres tú.

Oscura nube que en Occidente
Cubre los tibios rayos del sol
Y que se arrastra triste y doliente,
Eso soy yo.

Mágica ondina que en los cristales
Del arrolluelo bebe la luz
De los albores primaverales,
Eso eres tú.

Bardo que canta tristes historias
Sin un destello de inspiración
Y solo vive de sus memorias,
Eso soy yo.

Mujer hermosa que en sus pupilas
 Los astros lleva de un cielo azul
 Y á quien arrullan horas tranquilas,
 Eso eres tú.

Y yo soy eco del sentimiento,
 Ola que rueda, triste cantor,
 Que deja en tu álbum un pensamiento,
 Y al ausentarse te dice, adiós....!

Guaymas, Setiembre de 1881.

INDICE.

GUILLERMO PRIETO.—Biografía.....	5
En la distribución de premios de la	
Escuela de Ciegos.....	23
En el álbum de la Srita. Esther Ta-	
pia.....	30
Coplas ligeras. Á María mi nieta,	
la hija de Francisco.....	35
Misterio.....	39
Desconfianza.....	43
Letrilla.....	47
Desengaño.....	53
Romancito.....	59
JUAN DE DIOS PEZA.—Á Victor Hugo..	62
JESUS ECHAIZ.—Galileo.....	65
PANTALEÓN TOVAR.—A***.....	66
MANUEL ACUÑA.—Cinco de Mayo.....	69
AURELIO HORTA.—Páginas íntimas....	74
AGUSTIN F. CUENCA.—Nieve de Estío.	
Á Juan de Dios Peza.....	76